EN SUEÑO DE COSTA RICA

Por LUIS FERRERO ACOSTA

¿Qué diréis de un país cuyos extensos prados, tendidos desde su mitad hasta el Pacífico, fulgen llenos de orquídeas? Las flores abrazan también los infinitos troncos de la selva que llega hasta el mar Caribe. Esa tierra prodigiosa —nunca con más propiedad se puede hablar del ensueño y la maravilla— es Costa Rica, el pequeño país de Centroamérica, cuyos paisajes pintan un sorprendente colorido vital en los ojos, nuevas vivencias en el alma plena de asombro.

Es así el suelo, bajo un cielo profundo. Lo cruzan aún —cromo, cromo insólito— carretas, desde cuyo origen —cureña hispana de la Conquista— hasta hoy, se han enriquecido con paredes, panales y compuertas formando una caja que ostenta estilizaciones de pájaros y flores, con ruedas adornadas de bellas geometrizaciones que son un canto a la vida campestre «tica». Asombroso, todo esto.

Pues, ¿qué vais a sentir ante este país cuyos labriegos, en un gesto de chiquitín, agregan a las palabras la partícula «tico»? «Chapín,» «Pinolero», —guatemalteco, nicaragüense—, suenan agradablemente al oído, pero, «tico» —igual a costarricense— suena a cariño acendrado, herencia, sin duda, del habla regional española navarra y aragonesa. Así, el momento, se convirtió en «momentico», aunque para él cualquier fracción de tiempo se torne en una perezosa eternidad, consecuencia de frutos fáciles, de una vida eufórica y abundante. «Tal vez», «mañana», «quien sabe», son expresiones frecuentes allí donde el tiempo no es oro, donde no se cree que la exactitud es uno de los puntos fundamentales de la urbanidad. Más bien se puede contar, como se ha dicho justamente, «con el honor, la lealtad y la fidelidad del amigo costarricense».

En cuanto a la campesina, dijo Rubén Darío, es blanca, fresca y linda. Su tipo etnográfico es diferente al indoamericano, delicado como la Guaria de Turrialba. En montes y campiñas podréis hallar rústicas bellezas de hermosos rostros y cuerpos voluptuosos. Yo he visto en San José, la capital, damas incomparables, y mozas de la cofradía del diablo que hubieran sido unas bellas Otero. Tal belleza tiene un símbolo de validez universal en el nombre y en el recuerdo de la damita Josefina Elizondo, de quien cuenta en sus memorias el arqueólogo y escritor norteamericano John Lloyd Stephens —en aquel tiempo representante diplomático en las repúblicas centro-americanas—, que, habiendo pasado unas cuantas horas en Liberia camino de Nicaragua, apresuró su partida para no quedar prendado en la gracia, hermosura y vivacidad de tan definitiva mujer. Cuatro vidas fueron sacrificadas en aras de su amor hasta ser raptada por un ferviente y rendido enamorado. Josefina terminó con las tragedias recluyéndose en absoluto retraimiento social. Mil como ella —arquetipo de la mujer costarricense, paso marcado y enhiesto—, ecuaciones de vida y amor, crearon la famosa locución: Costa Rica, el país de las flores.

* * *

El pueblo es hospitalario y alegre. Su saleroso grito, «el guipipaga» —el olé criollo— saca de su mansedumbre al «tico». El brillo de los —os de las mujeres destierra el fracaso del fandango. A los acordes del «punto guanacasteco»— la danza nacional, bailan las parejas, pasillos y callejeras.

Y es deportista. Desde México a la Argentina son famosos sus jugadores, que ostentan desde hace varios años el título de campeones de fútbol de Centroamérica y el Caribe

La cultura no es descuidada en este minúsculo país. El apotegma popular: Costa Rica tiene más maestros que soldados, lo verifica. Como corolario ofrezco unos datos: exceptuando Paraguay y Uruguay, tiene el menor coeficiente de analfabetos, en América. El edificio que más le llama la atención a cualquier viajero resulta ser siempre la escuela o el colegio.

De las ciudades, San José es de encaje y cartón, Cartago, la de las brumas, Heredia, la de las flores, Alajuela, la del Erizo, y están esmaltadas de casitas limpias, tropicales «bungalows» y chalets.

* * *

Y siguen las selvas... Intercalan sus esmeraldinos plumones las rítmicas palmeras entre el oro de las plantaciones de bananos. El Atlántico y el Pacífico, majestuosos, le dan esplendor tropical al sonar de sus rítmicas olas. En las alturas donde parecieran cogerse con las manos los encajes de las nubes en épocas veraniegas, un manto blanco cubre la tierra. ¿Nieve? No, en Costa Rica no nieva: son, como lluvia de estrellitas, las albas florescencias del café. Menudas y perfumadas, cubren los cafetales, visten los arbustos, tal cristalitos de nieve que tienen suavidades de raso y la llama de la vida tropical. Contrastando con ese panorama, meses después rojas «bayas» de café que destilan mieles enrojecen las plantaciones. Las mariposas, orquídeas en el aire, vuelan sobre la flor nacional —la guarimorada—, que rivaliza sus sonrojos con la de Turrialba, oficiando, delicada, la condecoración a Costa Rica. La paleta y el modelado del Creador son exaltados en este país donde se siente el goce de ser, de vivir. Por eso es la tierra donde con gusto el turista dejaría de serlo.

Dos teatros de San José de Costa Rica: arriba, la fachada principal del Teatro Nacional; abajo, el Teatro Raventós.

Cerámica india. Vaso monocromo incisionado, figurativo de la cirigueya.

La Catedral de San José de Costa Rica, en un extremo del Parque Central.

Población: 750.000 habitantes, de los que el 80 por 100 pertenecen a la raza blanca.—Superficie: 49.827 kilómetros cuadrados.—Límites: por el norte, con Nicaragua; al este, con el Océano Atlántico, al sureste, con Panamá, y al sur y al oeste, con el Océano Pacífico.—Idioma: el español.—Principal producción: café, banana, cacao, arroz, granos, azúcar y oro.—Exportaciones: café, bananas, cacao y oro. Importaciones, tejidos, maquinaria, productos alimenticios, industriales y petroleo.—Moneda: el colón.—Bandera: de cinco rayas horizontales, la primera y la última, azules, la segunda y la cuarta, blancas, y la tercera —de doble ancho— encarnada.—Flor nacional: la orquídea.—Capital: San José de Costa Rica, con 80.000 habitantes.